

«despertar á los protervos en sus palacios de cedro y de aloes, y á confundir el fantasma vano de su feñicidad transitoria.»

«¡Feliz aquel que pasando con lágrimas por los valles, busca á Dios como el manantial de las bendiciones! ¡Feliz aquel á quien le son perdonadas las iniquidades, y que halla la gloria en la penitencia! ¡Dichoso aquel que levanta en silencio el edificio de sus buenas obras, como el templo de Salomon, donde no se oían ni los golpes de la cuña, ni el ruido del martillo, mientras el respetuoso obrero construía la casa del Señor! Vosotros todos los que coméis sobre la tierra el pan de las lágrimas, repetid en loor del Altísimo el santo cántico:

«¡Gloria á Dios en las alturas del cielo!»

LIBRO CUARTO.

SUMARIO. Cirilo, la familia cristiana, Demodoco y Cimodocea se reúnen en una isla en la confluencia del Ladonte y del Alfeo, para oír del hijo de Lastenes el relato de sus aventuras. Principio de la narración de Eudoro. Origen de la familia de Lastenes. Opónese á los romanos, cuando invadieron la Grecia. El primogénito de la familia de Lastenes se ve precisado á entregarse en rehenes á Roma. La familia de Lastenes abraza el Cristianismo. Infancia de Eudoro. Parte á diez y seis años á reemplazar á su padre á Roma. Tempestad. Descripción del Archipiélago. Llegada de Eudoro á Italia. Descripción de Roma. Eudoro contrae una estrecha amistad con Gerónimo, Agustín y el príncipe Constantino, hijo de Constancio. Caracteres de Gerónimo, Agustín y Constantino. Eudoro es presentado en la corte: Diocleciano, Galerio, corte de Diocleciano. El sofista Hierocles, proconsul de Acaya y favorito de Galerio. Enemistad de Eudoro y Hierocles. Eudoro cae en todos los extravíos de la juventud y olvida su religión. Marcelino, obispo de Roma. Amenaza á Eudoro con la excomunión, si no vuelve al seno de la Iglesia. Excomunión fulminada contra Eudoro. Anfiteatro de Tito. Presentimiento.

Eudoro y Cimodocea, ocultos en un oscuro valle, en el fondo de los bosques de la Arcadia, ignoraban que en aquel momento los santos y los ángeles tenían fijas en ellos sus miradas, y que el mismo Todopoderoso se ocupaba de sus destinos, así los pastores de Canaan eran visitados por el Dios de Nacor, en medio de los rebaños que pacían al occidente de Betel.

No bien el gorjeo de las golondrinas anunció á Lastenes el amanecer, apresuróse á abandonar su lecho, y se envolvió en una túnica hilada por su diligente esposa y forrada con una lana protectora de los viejos. Salió precedido de dos perros de Laconia, sus fieles custodios, y se adelantó hácia el lugar en que debía descansar el obispo de Lacedemonia; pero vió al santo prelado en medio del campo ofreciendo su oración al Eterno. Los perros de Lastenes corrieron hácia Cirilo, y bajando la cabeza con un aire cariñoso, parecían los intérpretes de la obediencia y del respeto de su amo. Los dos venerables cristianos se saludaron con gravedad, y se pasaron luego por la falda de los montes, razonando acerca de la sabiduría antigua; así el anciano Evandro condujo á Anquises á los bosques de Peneo, cuando Priamo, entonces feliz, fue á buscar á su hermana Hesione á Salamina; ó como el mismo Evandro, desterrado en las orillas del Tiber, recibió al ilustre hijó de su antiguo huésped, cuando la fortuna abrumó de males al monarca de Ilión.

Demodoco no tardó en presentarse, seguiale Cimodocea, mas bella que la luz que despuntaba por el Oriente.

En el costado de la montaña que dominaba la casa de Lastenes, abríase una gruta, habitual retiro de los pajarillos y las palomas; y en ella, á imitación de

los solitarios de la Tebaida, Eudoro se encerraba para derramar las lágrimas de la penitencia. De las paredes de esta gruta pendía un crucifijo, y al pié del crucifijo se veían armas, una corona de encina obtenida en los combates y varias decoraciones triunfales. Eudoro empezaba á sentir renacer en el fondo de su corazón una agitación que le era demasiado conocida, por lo que asustado de su nuevo peligro, había durante toda la noche dirigido sus clamores al cielo. Cuando la Aurora hubo disipado las tinieblas, lavó la huella de sus llantos en un puro manantial, y preparándose á abandonar su gruta, trató de disminuir mediante la sencillez de su vestido, el brillo de su gentil apostura; calzóse unos borceguies galos formados de la piel de una cabra silvestre; ocultó su cilicio bajo la túnica de un cazador, echó sobre sus hombros atándola sobre el pecho, la piel de una cierva blanca; un pastor cruel había privado con su honda de la vida á aquella reina de los bosques cuando bebía con su cervatillo en la márgen del Aquelvo. Eudoro ostenta en su mano izquierda dos venablos de fresno, y de la derecha suspendía una de esas coronas de granos de coral, con las que las vírgenes mártires adornaban sus cabellos cuando marchaban á la muerte; coronas inocentes vosotras servireis luego para contar el número de las oraciones que los corazones sencillos repetían al Señor! Armado contra las fieras de los bosques y contra los ataques de los espíritus de tinieblas, Eudoro bajó de lo alto de los riscos como un soldado romano de la Legión tebana que vuelve al campamento despues de las fatigas de la noche. Salvó las aguas de un torrente, y fue á incorporarse á la pequeña reunion que le esperaba en la parte baja del jardín. Acercó á sus labios el borde del manto de Cirilo; recibió la bendición paternal, y se inclinó, bajando los ojos delante de Demodoco y Cimodocea. Todas las rosas de la mañana se esparcieron sobre las mejillas de la hija de Homero. En breve, Séfora y sus tres hijas salieron del gineceo. Entonces, el obispo de Lacedemonia, dirigiéndose al hijo de Lastenes:

—Eudoro, dijo, eres el objeto de la curiosidad de la Grecia cristiana. ¿Quién no ha oído hablar de tus desgracias y de tu arrepentimiento? Estoy persuadido de que nuestros huéspedes de Mesenia no escucharán sin interés el relato de tus aventuras.

—Sabio viejo, cuyo traje anuncia un pastor de hombres, repuso Demodoco, no pronuncias una sola palabra que no sea dictada por Minerva. Es verdad: yo, como mi abuelo el divino Homero, pasaria gustoso cinco y aun seis años en hacer ó en escuchar narraciones. ¡Nada hay mas agradable que las palabras de un hombre que ha viajado mucho, y que sentado á la mesa de su huésped, mientras la lluvia y los vientos murmuran en lo exterior, cuenta al abrigo de todo peligro los azares de su vida! Me es grato sentir humedecidos mis ojos en lágrimas, al vaciar la copa de Hércules; las libaciones ennoblecidas por el llanto son mas sagradas; la pintura de los males con que Júpiter abruma á los hijos de la tierra, temple la loca embriaguez de los festines y nos hace acordar de los dioses. Y tu mismo, querido Eudoro, hallarás algun placer en recordar las tormentas que sufriste con valor; el piloto restituido á los campos de sus padres, contempla con oculta delicia su timón y sus remos colgados durante el áspero invierno en el tranquilo hogar del labrador.

El Ladonte y el Alfeo, al confluír en la parte baja del jardín, ceñían una isla que parecia nacer del consorcio de sus aguas; estaba plantada de esos antiguos árboles que los pueblos de la Arcadia miraban como sus abuelos. Allí cortaba en otro tiempo Alcimedonte la madera de haya con que hacia tan hermosas tazas á los pastores; allí se mostraba tambien la fuente Aretusa, y el laurel que retenia bajo su corteza á

Dafne. Todos resolvieron pasar á esta isla solitaria, para que Eudoro no fuese interrumpido en el relato de sus aventuras. Los criados de Lastenes desamarran al punto de las orillas del Alfeo una larga navecilla formada de un solo tronco de pino, la familia y los extranjeros se abandonan á la corriente del río. Demodoco, observando la agilidad de sus conductores, decia con un sentimiento de tristeza.

«¡Arcadios! ¿dó están los tiempos en que los Atridas se veían precisados á prestaros naves para ir al sitio de Troya, y en que tomabais el remo de Ulises por el biello de la rubia Céres? Hoy os entregais sin susto á los furios del mar inmenso. ¡Ah! El hijo de Saturno quiere que el peligro seduzca á los mortales y que lo abracen como á un ídolo.»

En breve llegaron á la estremidad oriental de la isla, en la que se elevaban dos altares medio derruidos, el uno en la orilla del Alfeo, estaba consagrado á la tempestad; el otro, en la márgen del Ladonte, estaba dedicado á la tranquilidad. La fuente Aretusa brotaba del suelo entre estos dos altares, y se perdía al momento en el río enamorado de ella. El concurso, impaciente por oír la narración de Eudoro, se detiene en este lugar y sesienta al pié de los álamos cuyas anchas copas doraba el sol naciente. Despues de haber implorado el auxilio del cielo, el jóven cristiano habló en estos términos:

—«Me veo precisado, señores, á hablaros un momento de mi nacimiento, porque este nacimiento es el primer origen de mis males. Desciendo por mi madre de aquella piadosa familia de Megaro, que dió sepultura á los huesos de Focion debajo de su hogar, diciendo: «Querido hogar, guarda fielmente los restos de un hombre de bien.»

«Tuve por antepasado paterno á Filopemen de quien sabeis que se atrevió á oponerse por sí solo á los romanos, cuando este pueblo libre robó la libertad á la Grecia. Mi abuelo sucumbió en su noble empresa; pero ¿qué importan la muerte y los contratiempos, si nuestro nombre, pronunciado con respeto en la posteridad, va á hacer latir un corazón generoso dos mil años despues de nuestra vida?»

«Nuestra patria moribunda, para no desmentir su ingratitud, hizo beber veneno al último de sus grandes hombres. El jóven Polibio, (1) en medio de una tierna pompa, trasladó de la Mesenia á Megalopolis los restos de Filopemen. Hubiérase dicho que la urna, cargada de coronas y cubierta de cintas, encerraba las cenizas de la Grecia entera. Desde aquel momento, nuestra tierra natal, á la manera de un suelo devastado, cesó de producir ciudadanos magnánimos. Ha conservado, sí, su hermoso nombre, pero se semeja á la estatua de Temístocles, cuya cabeza han cortado los atenienses de nuestros dias para reemplazarla con la cabeza de un esclavo.

El caudillo de los Aqueos no descansó tranquilo en el fondo de su tumba; pues algunos años despues de su muerte fue acusado de haber sido el enemigo de Roma, y perseguido cruelmente ante el procónsul Minucio, destructor de Corinto. Polibio, protegido por Escipion Násica, logró salvar de la destrucción las estatuas de Filopemen; pero esta delación sacrílega despertó los celos de los romanos contra la sangre del último de los griegos; y exigieron que en lo sucesivo el primogénito de mi familia fuese enviado á Roma al cumplir la edad de diez y seis años, para servir de rehenes en poder del Senado.

Abrumada bajo el peso de la desgracia y siempre privada de su natural caudillo, mi familia abandonó á Megalopolis, y se retiró, ya al centro de estas montañas, ya á otra heredad que poseemos al pié del Taigeto, á lo largo del golfo de Mesenia. Pablo, el sublime apostol de los gentiles, trajo en breve á Corinto

(1) Es histórico.

el remedio de todos los dolores. Cuando el Cristianismo brilló en el imperio romano, todo estaba lleno de esclavos ó de príncipes abyectos, el mundo entero pedía consuelos ó esperanzas.

«Dispuesta á la sabiduría por las lecciones de la adversidad y por la sencillez de las costumbres arcadias, mi familia fue la primera que abrazó en la Grecia la ley de Jesucristo. Sumiso á este yugo divino, yo pasaba los dias de mi niñez á las orillas del Alfeo y entre los bosques del Taigeto. La religión, manteniendo mi alma á la sombra de sus alas, la impedía, como á una flor deliciosa, que se marchitase demasiado pronto; y prolongando la ignorancia de mis años juveniles, parecia añadir inocencia á la inocencia misma.

«El momento de mi destierro llegó. Yo era el primogénito de mi familia, y habia llegado á los diez y seis años; habitabamos á la sazón nuestros campos de la Mesenia. Mi padre, cuyo lugar iba á ocupar, y que habia obtenido por un particular favor el permiso de regresar á Grecia antes de mi partida, me dió su bendición y sus consejos. Mi madre me condujo al puerto de Jeres, y me acompañó hasta el bajel. Mientras se desplegaban las velas, levantaba sus manos al cielo, ofreciendo á Dios su sacrificio. Su corazón se desgarraba á la idea de aquellos mares procelosos y de este mundo, mas proceloso todavía, que iba á atravesar, inesperto navegante. Ya el navio se engolfaba en alta mar, y Séfora permanecía aun á mi lado para animar mi juventud, á la manera que una paloma enseña á volar á su hijuelo, cuando por la vez primera abandona el nido materno. Pero le fue preciso dejarme; bajó, pues, al esquife que la esperaba fijo á un costado de nuestra trireme. Durante largo espacio me hizo señales desde la barca que volvía á la playa; yo prorrumpí en dolorosos gritos, y cuando me fue imposible distinguir á esta tierna madre, mis ojos procuraban con ahínco descubrir el techo á cuya sombra habia sido criado y la copa de los árboles de la herencia paterna.

«Larga fue nuestra navegacion; apenas habíamos pasado la isla de Teganusa, cuando un viento impetuoso de Poniente nos obligó á huir á las regiones de la Aurora, hasta la entrada del Helesponto. Despues de siete dias de una tempestad que nos ocultó todas las tierras, fuimos muy felices al poder refugiarnos hácia la embocadura del Simois, al abrigo del sepulcro de Aquiles. Aplacada la tempestad, quisimos volver y subir hácia el Occidente; pero el céfiro constante que el Aries trae de los confines de la Hesperia, rechazó mucho tiempo nuestras velas, y fuimos arrojados, ya sobre las costas de la Eolida, ya á las aguas de la Tracia y la Tesalia. Recorrimos ese archipiélago de la Grecia, donde la amenidad de las playas, el brillo de la luz, la suavidad y los perfumes del aire, compiten con el encanto de los nombres y de los recuerdos. Vimos todos esos promontorios señalados por templos ó por sepulcros. Tocamos en diferentes puertos, admiramos esas ciudades, algunas de las cuales ostentan el nombre de una flor brillante, como la rosa, la violeta, el jacinto, y que cargadas de sus pueblos como de una semilla fecunda, se despliegan en las orillas del mar á los tranquilos rayos del sol. Aunque apenas salido de la niñez, mi imaginación era viva, y mi corazón ya capaz de emociones profundas. En nuestra nave habia un griego entusiasta de su patria, como todos los griegos, y me nombraba los lugares que se presentaban á mi vista:

«Orfeo, decia, arrastró las cenizas de ese bosque á los sonos de su lira, esa montaña cuya sombra se dilata á larga distancia, debió de servir de estatua á Alejandro; esa otra montaña es el Olimpo y su valle, el valle de Tempé; he allí á Delos que flotó en medio de las aguas; allí está Naxos, donde Ariadna fue abandonada; Cecrops desembarcó en esta playa;

Platon enseñó en la punta de aquel cabo, Demóstenes arengó á estas olas; Friné se bañaba en estas aguas, cuando se la creyó Venus. ¡Y esta patria de los dioses, de las artes y de la hermosura, esclama el ateniense, derramando copiosas lágrimas de ira, es presa de los bárbaros!»

Su desesperacion llegó á su colmo cuando atravesamos el golfo de Megaro; teníamos enfrente á Egiptina; á la derecha el Pireo, y á la izquierda á Corinto. Estas ciudades tan florecientes en otro tiempo, solo ofrecían montones de ruinas, hasta los marineros parecían conmovidos ante tan triste espectáculo; la tripulacion agrupada sobre el puente permanecía silenciosa; todos mantenían fijas sus miradas en aquellos escombros; cada uno hallaba tal vez en ellos un consuelo secreto á sus males, meditando cuán mezquina cosa son nuestros propios dolores comparados con esas grandes catástrofes que hieren á raciones enteras, y que habían tendido á nuestra vista los gigantes cadáveres de aquellas ciudades.

Aunque esta leccion parecia superior á mi naciente razon, penetré no obstante su sentido; pero otros jóvenes que se hallaban á mi lado, se mostraron insensibles á ella. ¿De dónde procedía esta diferencia? De nuestras religiones: ellos eran paganos y yo era cristiano. El Paganismo, que desenvuelve prematuramente las pasiones, retrasa los progresos de la razon; el Cristianismo, que prolonga por el contrario, la infancia del corazon, acelera la virilidad del espíritu. Desde los primeros días de la vida, nos mantiene con pesamientos graves; respeta hasta en las mantillas la dignidad del hombre; nos trata, aun en la cuna, como á seres formales y sublimes, pues reconoce un ángel en el niño que la madre lleva aun á su pecho. Mis jóvenes compañeros no habían oído hablar sino de las metamorfosis de Júpiter, y nada adivinaron en los elocuentes despojos que tenían á la vista; yo me había sentado ya con el profeta, sobre las mudas ruinas de las ciudades desoladas; y en Babilonia veía á Corinto.

Debo indicar aquí una seducción que fue mi primer paso hácia el abismo; y como sucede casi siempre, el lazo en que me veía envuelto nada ofrecía en la apariencia que no fuese muy inocente. Mientras meditábamos sobre las revoluciones de los imperios, vimos de repente brotar una teoria del centro de aquellos despojos. ¡Oh risueño genio de la Grecia, que no puedes sucumbir á ninguna adversidad, ni ser instruido por ninguna enseñanza! Dirigiase una diputacion de los atenienses á las fiestas de Delos. El bajel deliaco, cubierto de flores y cintas, estaba adornado de las estatuas de los dioses; las blancas velas teñidas de púrpura por los rayos de la Aurora, se hinchaban al soplo de los céfiros, y los ramos dorados hendían el cristal de los mares. Los teoros, inclinados sobre las olas, esparcían perfumes y libaciones; las vírgenes ejecutaban en la proa del bajel el baile de las desgracias de Latona, mientras los jóvenes cantaban en coro los versos de Pindaro y Simónides. Mi imaginacion sucumbió á un irresistible encanto ante este espectáculo que huía á mi vista como una nube matinal ó como el carro de una divinidad en alas de los vientos. De este modo asistí por la primera vez sin horror á una ceremonia pagana.

Al fin volvimos á ver las montañas del Peloponeso, y saludé desde lejos mi tierra natal. Las costas de Italia no tardaron en surgir del seno de las olas. Nuevas emociones me esperaban en Brindis. Al pisar aquella tierra de que parten los decretos que gobiernan el mundo, me sentí conmovido por ideas de grandeza desconocidas para mí hasta entonces. A los elegantes edificios de la Grecia sucedían otros monumentos mas vastos, marcados con el sello de otro genio. Mi sorpresa crecía á medida que adelantábamos en la via Apia. Este camino pavimentado de

anchas losas de piedra, parece haber sido construido para resistir el paso del género humano, á través de los montes de la Apulia, á lo largo del golfo de Nápoles, en medio de los paisajes de Auxur, de Alva y de la campiña romana, presenta un trayecto de mas de trescientas millas de longitud, enriquecido de templos, palacios y sepulcros, y va á terminar á la ciudad eterna, metrópoli del mundo y digna de serlo. A la vista de tantos prodigios, caí en una especie de embriaguez que no había podido preveer ni sospechar.

«En vano los amigos de mi padre, á quienes había sido recomendado, quisieron desde luego arrancarme á mi fascinacion. Yo vagaba sin cesar desde el Foro al Capitolio, del cuartel de las Carenas al campo de Marte; corría al teatro de Germánico, al muelle de Adriano, al circo de Neron, al panteon de Agripa; y durante estas escursiones de peligrosa curiosidad, la humilde iglesia de los cristianos estaba olvidada.

«No podía cansarme de ver el movimiento de un pueblo compuesto de todos los pueblos de la tierra, y la marcha de aquellas tropas romanas, galas, germánicas, griegas y africanas, cada cual diferentemente armada y equipada. Un viejo sabino pasaba con sus sandalias de corteza de abedul al lado de un cenador cubierto de púrpura; la litera de un cónsul era detenida por la carroza de una cortesana; los enormes buyes del Clitume arrastraban al Foro el antiguo carro del volco; el tren de caza de un caballero romano obstruía la via sagrada; los sacerdotes corrían á incensar á sus dioses, y los rectores á abrir sus escuelas.

«¿Cuántas veces he visitado esas termas adornadas de bibliotecas, esos palacios, unos ya ruinosos y otros medio demolidos para servir á la construccion de nuevos edificios! La inmensidad del horizonte romano enlazándose á las estensas líneas de la arquitectura romana; aquellos acueductos que á manera de rayos convergentes en un mismo centro, llevan las aguas al pueblo-rey debajo de arcos triunfales; el rumor incesante de las fuentes; aquellas innumerables estatuas que parecen un pueblo inmóvil en medio de un pueblo agitado; aquellos monumentos de todas las edades y de todos los países; aquellos trabajos de los reyes, de los cónsules, de los Césares; aquellos obeliscos arrebatados al Egipto; aquellos sepulcros trasladados desde la Grecia; cierta hermosura indefinible en la luz; los vapores y el trazado de las montañas; hasta la rudeza de la corriente del Tiber; las yeguas medio montaraces, que acuden á beber en sus aguas; aquella campiña que el ciudadano de Roma se desdénia actualmente de cultivar, reservándose declarar cada año á las naciones esclavas qué parte de la tierra tendrá el honor de alimentarle: ¿qué os diré? Todo ostenta en Roma el sello gigantesco del dominio y la duracion; he visto el plano de la ciudad eterna trazado sobre rocas de mármol en el Capitolio, para que ni aun su imagen pudiera borrarse.

«¡Oh! ¡cuán bien ha sondeado el corazon humano esa religion que procura mantenernos en la paz, y que así sabe poner límites á nuestra curiosidad como á nuestros afectos en la tierra! Esta fogosidad de imaginacion á que desde luego me abandoné, fue la primera causa de mi perdicion. Cuando al fin entré en la senda habitual de mis ocupaciones, conocí que había perdido la afición á las cosas graves, y envidié la suerte de los paganos jóvenes que podían entregarse sin remordimientos á todos los placeres á que les convidaba su edad.

El rector Eumenes tenía en Roma una cátedra de elocuencia, que posteriormente trasladó á las Galias. Había estudiado en su infancia bajo el magisterio del mas célebre discípulo de Quintiliano; y todos los jóvenes ilustres frecuentaban á la sazón su escuela.

Seguí las lecciones de este hábil maestro, y no tardé en formar relaciones con los compañeros de mis estudios. Tres de ellos especialmente, se unieron á mí con los vínculos de una agradable y sincera amistad: Agustin, Gerónimo y el príncipe Constantino, hijo de César Constancio.

«Gerónimo, hijo de una noble familia pannonia, descubrió precozmente los mas bellos talentos, pero también las mas ardientes pasiones. Su impetuosa imaginacion no le concedía un momento de descanso; pasaba de los excesos del estudio á los de los placeres con una facilidad inconcebible. Irascible, inquieto, tardó en perdonar una ofensa, dotado de un genio bárbaro ó sublime, parece destinado á presentar el ejemplo de los mayores desórdenes, ó el modelo de las mas austeras virtudes; esta alma fogosa necesita á Roma ó el desierto.

«Una aldea del proconsulado de Cartago fue la cuna de mi segundo amigo. Agustin es el mas amable de los hombres, pues su carácter, tan apasionado como el de Gerónimo, tiene no obstante, una dulzura encantadora, porque está templada por una inclinacion natural á la contemplacion; podría, sin embargo, censurarse al joven Agustin el abuso del talento; la estremada ternura de su alma le arroja también algunas veces en la exaltacion. Multitud de agudezas y de sentimientos profundos engalanados con imágenes brillantes brotan sin cesar de sus labios. Nacido bajo el sol africano, ha encontrado en las mujeres, lo mismo que Gerónimo el escollo de sus virtudes y la fuente de sus errores. Sensible hasta el exceso al encanto de la elocuencia, no espera tal vez sino un orador inspirado para abrazar la verdadera religion; así, pues, si Agustin entra algun dia en el seno de la Iglesia, será el Platon de los cristianos.

«Constantino, hijo de un César ilustre, anuncia todas las cualidades de un hombre eminente. Reune al vigor del alma esas bellas dotes corporales tan útiles á los príncipes y que realzan el brillo de las grandes acciones. Elena, su madre, tuvo la dicha de nacer bajo la ley de Jesucristo; y Constantino, á ejemplo de su padre, muestra una inclinacion secreta hácia esta ley divina. A través de una extrema dulzura descúbrense en él un carácter heroico, y cierto celo maravilloso que el cielo imprime en la frente de los hombres destinados á cambiar la faz del universo. ¡Feliz si no se deja arrastrar por esos accesos de cólera tan terribles en los caracteres habitualmente moderados! ¡Ah! ¡cuán dignos de lástima son los príncipes, por ser con tanta presteza obedecidos! ¡cuánta indulgencia debe usarse para con ellos! Reflexionemos siempre que vemos el efecto de sus primeros movimientos; y que Dios para enseñarles á vigilar sus pasiones, no les deja un momento entre el pensamiento y la ejecucion de un designio criminal.

«Estos eran los tres amigos con quienes pasaba mis dias en Roma. Constantino era como yo una especie de prenda en manos de Diocleciano. Esta conformidad de posicion, mas aun que la de la edad, decidió la inclinacion del joven príncipe en mi favor, porque nada prepara tanto á la amistad dos almas, como la semejanza de los destinos, sobre todo cuando estos destinos no son felices. Constantino quiso ser el instrumento de mi fortuna y me introdujo en la corte.

«Cuando llegué á Roma, el poder, que había caído en manos de Diocleciano, estaba dividido como hoy le vemos; el emperador se había asociado á Maximiano, bajo el título de Augusto, y Galerio y Constancio bajo el de César. El mundo, dividido de esta suerte entre cuatro jefes, no reconocía, sin embargo, sino á un único dueño.

«Aquí, señores, debo pintaros esta corte de que tenéis la dicha de vivir lejos. ¡Ojalá nunca oigais bramar sus tempestades! ¡Ojalá vuestros dias ignorados

se deslicen en la oscuridad, como esas olas en el fondo de este valle! Mas ¡ah! ¡una vida oculta no nos libra siempre del poder de los príncipes! El torbellino que arranca el peñasco, arrastra también el grano de arena; muchas veces un rey hiere con su cetro una cabeza ignorada. Mas, toda vez que nada puede ponernos al abrigo de los golpes que bajan del trono, es útil y conveniente conocer la mano que puede herirnos.

«Diocleciano, llamado antes Diocles, nació en Dioclea, pequeña ciudad de la Dalmacia. En su juventud empuñó las armas á las órdenes de Probo, y llegó á ser un esperto general. Ocupó en tiempo de Carino y de Numeriano el importante puesto de conde de los *Domestici*, y fue sucesor de Numeriano, cuya muerte había vengado.

«Cuando las legiones de Oriente arrebataron á Diocleciano al imperio, marchó contra Carino, hermano de Numeriano, que reinaba á la sazón en Occidente; alcanzó una victoria sobre él, y por esta victoria, se hizo único dueño del mundo.

«Diocleciano posee eminentes dotes. Su talento es vasto, poderoso, audaz; pero su carácter, con harta frecuencia débil, no sostiene el peso de su genio; todo lo grande y pequeño que hace, deriva de una ú otra de estas dos fuentes. Por esta razon se advierten en su vida las mas opuestas acciones; ya es un príncipe lleno de firmeza, perspicacia y valor, que arrostra la muerte, que conoce la dignidad de su clase, y que obliga á Galerio á seguir á pié la carroza imperial como el último de los soldados; ya un hombre tímido que tiembla ante ese mismo Galerio; que titubea irresoluto entre mil proyectos; que se abandona á las supersticiones mas deplorables, y que no se libra de los temores que le inspira el sepulcro, sido haciéndose dar los títulos impíos de Dios y de Eternidad. Moderado en sus costumbres, sufrido en sus empresas, sin placeres y sin ilusiones, sin fe en las virtudes, sin esperar nada de la gratitud, veremos tal vez á este jefe del Imperio despojarse un dia de la púrpura, por desprecio hácia los hombres, y para enseñar á la tierra que era tan fácil á Diocleciano bajar del trono como subir á él.

«Sea debilidad, necesidad ó cálculo, Diocleciano ha querido compartir su poder con Maximiano, Constancio y Galerio. Por una política de que acaso habrá de arrepentirse ha procurado que estos príncipes le fuesen inferiores y que solo viviesen para realzar su mérito. Solo Constancio le inspiraba algun recelo, á causa de sus virtudes, por lo cual le ha desterrado de la corte al fondo de las Galias, y ha mantenido á su lado á Galerio. No os hablaré de Maximiano Augusto, guerrero bastante valiente, pero príncipe ignorante y grosero, que ninguna influencia ejerce en la corte. Paso á hablar de Galerio.

«Nacido en medio de las luchas de los Dacios, este pastor ha fomentado desde su juventud bajo el cinturón del cabrero la mas desenfrenada ambicion. Esta es la desgracia de un estado en donde las leyes no han fijado la sucesion al poder; todos los corazones están llenos de los mas audaces deseos, y no hay uno solo que no pueda aspirar al imperio; y como no siempre la ambicion supone el talento, para un hombre de genio que se entroniza, bullen veinte medianías tiránicas que atormentan el mundo.

«Galerio parece llevar sobre su frente el sello, ó por mejor decir, la mancha de sus vicios. Es una especie de gigante cuya voz es espantosa y cuya mirada infunde horror. Los degenerados descendientes de los romanos creen vengarse de los temores que les inspira este César, dándole el sobrenombre de Armentario. A semejanza de un hombre que hubiese experimentado el hambre durante la mitad de su vida, Galerio pasa los dias á la mesa, y prolonga en las tinieblas de la noche sus torpes y crapulosas orgias.

En medio de estas saturnales de la grandeza, hace todos los esfuerzos imaginables para disfrazar su primera desnudez con la insolencia de su hijo; pero cuanto mas se envuelve en los pliegues de la túnica de César, mas se descubre el sayo del pastor.»

»Además de la sed insaciable de poder y de su carácter cruel y violento, Galerio lleva á la corte otra disposición muy propia para trastornar el imperio: su ciego furor contra los cristianos. La madre de este César, campesina grosera y supersticiosa, ofrecía á menudo en su aldea sacrificios á las divinidades de las montañas, é indignada de que los discípulos del Evangelio se negasen á tomar parte en su idolatría, había inspirado, á su hijo su odio á los fieles. Galerio ha impelido ya al débil y bárbaro Maximiano á perseguir la Iglesia; pero no ha podido vencer todavía la prudente moderación del emperador. Diocleciano nos aprecia en el fondo de su alma; sabe que formamos en la actualidad la flor de los soldados de su ejército; cuenta con nuestra palabra cuando una vez la hemos empeñado; y hasta nos ha acercado á su persona. Doroteo, primer funcionario de su palacio, es un cristiano notable por sus virtudes. En breve vereis á la emperatriz Prisca y á su hija la princesa Valeria abrazar en secreto la ley del Salvador. Agradecidos á las bondades de Diocleciano y vivamente adictos á él por la confianza que les dispensa, los fieles forman en su derredor una barrera casi insuperable. Galerio lo sabe y su encono se ha exasperado, porque ve que para herir al emperador, cuyo poder envidia acaso el ingrato, es preciso perder antes á los adoradores del verdadero Dios.

»Tales son los dos príncipes que como los genios del bien y del mal esparcen la prosperidad ó la desolación en el imperio, á medida que el uno ó el otro cede ó triunfa. ¿Cómo Diocleciano, tan hábil en el conocimiento de los hombres, ha elegido á semejante César? Esto es lo que no puede explicarse sino por los decretos de esa Providencia que hace vanos los pensamientos de los príncipes y disipa los consejos de las naciones.»

»Dichoso Galerio si se hubiese encerrado en el recinto de los campos, y nunca hubiera oído sino los acentos de los soldados, el grito de los peligros y la voz de la gloria! No hubiera hallado en medio de los ejércitos esos cobardes cortesanos que hacen un estudio de encender el vicio y apagar la virtud. No se hubiese abandonado á los consejos de un favorito pálido que no cesa de empujarle hácia el mal. Este favorito, pertenece, señores, á una clase de hombres que debó hacerlos conocer, porque influirá necesariamente en los acontecimientos de este siglo y en la suerte de los cristianos.

»Roma decrepita y depravada alimenta en su seno un enjambre de sofistas. Porfirio, Jámblico, Libanio y Máximo, cuyas costumbres y opiniones serian un justo motivo de risa, si nuestras locuras no fuesen con harta frecuencia el principio de nuestros crímenes. Estos discípulos de una ciencia vana atacan á los cristianos, ensalzan el retiro, celebran la mediocridad de fortuna, y al mismo tiempo viven á los piés de los magnates y piden oro. Estos se ocupan seriamente de la construcción de una ciudad, poblada de sabios, que sumisos á las leyes de Platon, verán transcurrir tranquilamente sus dias como amigos y como hermanos; aquellos sueñan profundamente en los secretos de la naturaleza ocultos bajo los símbolos egipcios, unos ven todo en el pensamiento, otros buscan todo en la materia; otros predicán la república en el seno de la monarquía, y pretenden que es preciso trastornar la sociedad, para reconstituirla bajo una nueva base; otros, á imitación de los fieles quieren enseñar la moral al pueblo; reúnen la multitud en los templos y en la esquina de las calles, y venden, sobre tabladitos, una virtud que no confirman

sus obras y costumbres. Divididos para el bien, adunados para el mal, henchidos de vanidad, creyéndose genios sublimes, superiores á las doctrinas vulgares, no hay locura por estravagante que sea, ni idea absurda, ni sistema monstruoso que estos sofistas no aborte diariamente. Hierocles marcha á su cabeza, y es digno en efecto de capitanear un batallón de tal jaez.

»Este favorito de Galerio, bien lo sabeis, señores, gobierna actualmente la Acaya; es uno de esos hombres á quienes las revoluciones introducen en el consejo de los poderosos, y que llegan á serles útiles merced á una especie de talento para los negocios comunes y por una facilidad poco envidiable para hablar con rapidez sobre todos los negocios. Griego de origen, sospéchase que Hierocles ha sido cristiano en su juventud; pero habiendo corrompido su espíritu el orgullo de las ciencias humanas, se ha arrojado á las sectas filosóficas. Ningun indicio se descubre ya en él de su primera religión, á no ser en la especie de delirio y furor que le ocasiona el solo nombre del Dios que ha abandonado. Ha adoptado el hipócrita lenguaje y las exageraciones de la escuela de la falsa sabiduría. Las palabras de libertad, virtud, ciencia, progreso de las luces y felicidad del género humano, brotan sin cesar de sus labios; pero este Bruto es un bajo cortesano; este Catón está devorado de pasiones vergonzosas; este apóstol de la tolerancia es el mas intolerante de los mortales, y este adorador de la humanidad es un sangriento perseguidor de ella. Constantino le aborrece; Diocleciano le teme y le desprecia; pero ha ganado la confianza íntima de Galerio, y no tiene otro rival cerca de este príncipe, sino Publio, prefecto de Roma. Hierocles procura envenenar el espíritu de este desgraciado César, y ofrece al mundo el repugnante espectáculo de un pretendido sabio que corrompe, en nombre de las luces, á un hombre que reina sobre los hombres.

»Gerónimo, Agustín y yo habíamos encontrado á Hierocles en la escuela de Eumenes. Su tono sentencioso y decisivo, y su aire de importancia y orgullo le hacían odioso á nuestra sencillez y franqueza. Su misma persona parece rechazar el afecto y la confianza. Su frente estrecha y comprimida anuncia la obstinación y el espíritu de sistema; sus ojos en que se lee la falsedad, tienen cierta inquietud, como los de una bestia montaraz; su mirada es á la vez tímida y feroz; sus labios prominentes están casi siempre entreabiertos por una sonrisa viva y cruel; sus cabellos escasos y rígidos que cuelgan en desórden, nada tienen de comun con esta cabellera que Dios puso como un velo sobre los hombros del jóven, y como una corona sobre la cabeza del anciano. Cierta aire indefinible de cinismo y prociadad se trasluce en las facciones del sofista; se adivina en ellas que sus ignobles manos empuñarían mal la espada del soldado, pero que manejarían facilmente la pluma del ateo ó el puñal del verdugo.

»¡Tal es la ignominia del hombre cuando, por decirlo así, se queda solo con su cuerpo y renuncia á su alma!

»Una ofensa que recibí de Hierocles, y que rechazé de una manera que le cubrió de confusion á los ojos de toda la corte, encendió en su corazon un rencor implacable contra mí. Por otra parte, no podía perdonarme la benevolencia de Diocleciano y la amistad del hijo de Costancio. El amor propio herido y la envidia escitada no le dejaron un momento de reposo hasta que halló la ocasión de perderme, y esta ocasión se presentó en breve.

»¡Ah! ¡yo era, no obstante, bien poco digno de envidia! tres años pasados en Roma en los desórdenes de la juventud; habían bastado para hacerme olvidar casi enteramente mi religión. Llegué hasta esa indiferencia que tanto trabajo cuesta curar y que de-

ja menos recursos que el crimen. No obstante, las cartas de Séfora y las amonestaciones de los amigos de mi padre turbaban con frecuencia mi falsa seguridad.

»Entre los hombres que conservaban un fiel recuerdo de Lastenes, se contaba á Marcelino, obispo de Roma y jefe de la Iglesia universal. Habitaba el cementerio de los cristianos, á la márgen opuesta del Tiber, en un lugar desierto, en el sepulcro de San Pedro y San Pablo. Su habitación, compuesta de dos celdillas, se apoyaba en la pared de la capilla del cementerio. Una campanilla pendiente á la entrada del asilo del reposo, anunciaba á Marcelino la llegada de los vivos ó de los muertos. Veíanse á su puerta, que él mismo habria á los viajeros, los báculos y las sandalias de los obispos que acudían de todos los lugares de la tierra á darle cuenta del rebaño de Jesucristo. Allí se encontraba á Panucio, de la alta Tebaida, que espulsaba los demonios con su palabra; á Espiridion, de la isla de Chipre, que guardaba carneros y hacia milagros; á Santiago de Nisibe, que recibió el don de profecía; á Osio, confesor de Córdoba; á Arqueloo de Cesareas, que confundió á Masiés; á Juan, que difundió en la Persia la luz de la fe; á Frumentio, que fundó la iglesia de Etiopia; á Teófilo que regresaba de su misión á las Indias, y á aquella cristiana esclava, que en su esclavitud convirtió la nación entera de los iberos. El salón del consejo de Marcelino era una alameda de añosos tejos, que se dilataba á lo largo del cementerio, y donde, paseándose con los obispos, trataba de las necesidades de la Iglesia. Estirpar las herejías de Donato, de Novaciano y Arrio; publicar cánones, reunir concilios, fundar hospitales, rescatar esclavos, socorrer á los pobres, á los huérfanos, á los extranjeros; enviar apóstoles á los bárbaros: tal era el objeto de las poderosas conversaciones de estos pastores. Arrodiado sobre las reliquias, oraba toda la noche y no se levantaba hasta que despuntaba la primera claridad del día. Entonces, descubriendo su nevada cabeza, poniendo en tierra su tiara de lana blanca, el ignorado pontífice extendía sus manos pacíficas y bendecía á la ciudad y al mundo.

»Cuando pasaba de la corte de Diocleciano á esta corte cristiana, no podía evitar el verme asaltado de un movimiento de asombro. En medio de aquella pureza evangélica, hallaba las tradiciones del palacio de Augusto y de Mecenas, una cortesía antigua, una alegría grave, un lenguaje sencillo y noble, una instrucción variada, un gusto sano y un juicio sólido. Hubiérase dicho que aquella oscura morada estaba destinada por el cielo á ser algun dia la cuna de otra Roma, y el único asilo de las artes, de las letras y de la civilización.

»Marcelino apelaba á todos los medios de atraerme de nuevo á Dios. Algunas veces al ponerse el sol, me conducía á las orillas del Tiber ó á los jardines de Salustio. Me hablaba de la religión, y procuraba iluminarme sobre mis faltas con una bondad paternal. Pero las mentiras de la juventud me robaban la afición á la verdad. Lejos, pues, de aprovecharme de estos saludables paseos, anhelaba en secreto los plátanos de Fronton, el pórtico de Pompeyo, ó el de Livia, lleno de antiguos cuadros; y despues, preciso es confesarlo para mi eterna confusion, echaba de menos los templos de Iris y de Cibele, las fiestas de Adonis, el circo, los teatros, lugares de donde ha mucho que ha huido el pudor, á los acentos de la Musa de Ovidio. Despues de haber intentado en vano las correcciones caritativas, Marcelino empleó las medidas mas severas.

»Me veré precisado, me decia con frecuencia, á separarte de la comunión de los fieles, si continuas viviendo lejos de los sacramentos de Jesucristo.»

»No escuché sus consejos; me burlé de sus ame-

nazas, y mi vida llegó á ser un objeto de escándalo público; el pontífice se vió obligado al fin á lanzar sus rayos contra mí.»

»Yo habia ido á visitar á Marcelino; llamo á la verja del cementerio; las dos hojas de la verja se separan y se alejan crugiendo sobre sus gonces. Veo al pontífice en pié á la entrada de la capilla abierta; tenia en la mano un libro formidable, imagen del libro sellado con los siete sellos que solo el Cordero puede romper. Los diáconos, los sacerdotes, los obispos, silenciosos é inmóviles, formaban una fila sobre los sepulcros inmediatos, como los justos resucitados para asistir al juicio de Dios. Los ojos de Marcelino despedían llamas. No era ya el buen pastor que atrae al aprisco la oveja descarriada; era Moisés anunciando la sentencia mortal al infiel adorador del becerro de oro; era Jesucristo espulsando á los profanadores del templo. Intento adelantar, pero un exorcismo me obstruye el camino. En aquel momento, los obispos estienden los brazos y levantan la mano contra mí, desviando la cabeza; entonces el pontífice esclama con voz terrible:

»¡Sea anatematizado el que mancha con sus costumbres la pureza del nombre cristiano! ¡Sea anatematizado el que no se acerca ya al altar del verdadero Dios! ¡Sea anatematizado el que mira con indiferencia la abominación de la idolatría!

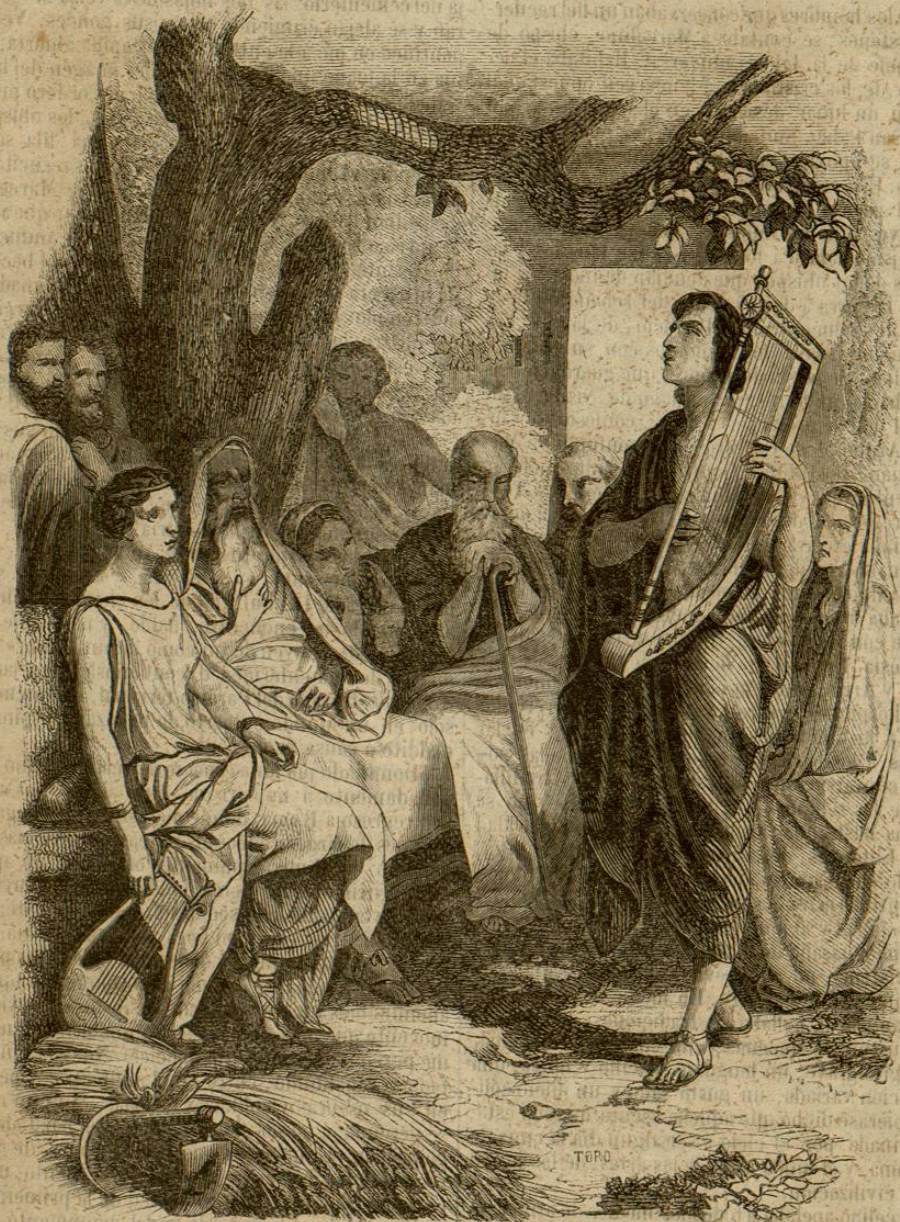
»Todos los obispos gritan: «¡Anatema!»

»Marcelino entra en la iglesia, y la puerta santa me es cerrada. La multitud de los elegidos se dispersa evitando mi encuentro; hablo, y nadie me responde; todos huyen de mí como de un hombre acometido de una enfermedad contagiosa. Semejante á Adán, desterrado del Paraíso terrenal, me encuentro solo en un mundo cubierto de malezas y espinas, y maldito á causa de mi caída.

»Dominado por una especie de vértigo, subo atropelladamente á mi carroza, guio al azar mis corceles, regreso á Roma, donde me estravió; y llegando, despues de largos rodeos al anfiteatro de Vespasiano, detengo en él mis espumantes caballos. Me apeo y me aproximo á la fuente donde los gladiadores que sobreviven calman su sed despues del combate; querria tambien refrescar mi boca abrasada. El dia anterior habia habido juegos dados por Aglae (1) opulenta y célebre romana; pero en aquel momento aquellos abominables lugares estaban desiertos. La víctima inocente que mis crímenes han inmolado de nuevo, me persigue desde lo alto del cielo. Nuevo Caín, agitado y vagabundo, entro en el anfiteatro, y penetro en sus oscuras y solitarias galerías. Ningun rumor se percibia, á no ser el de algunas aves asustadas que golpeaban el suelo con sus alas. Despues de haber recorrido las diferentes graderías, me siento, un poco mas tranquilo, en un banco de la primera fila. Quiero olvidar á la vista de aquel monumento pagano, la proscripción divina y la religión de mis padres. ¡Vanos esfuerzos! Allí mismo se presenta á mi recuerdo un Dios vengador: me asalta súbitamente la idea de que este edificio es obra de una nación dispersada segun la palabra de Jesucristo. ¡Sorprendente destino de los hijos de Jacob! ¡Israel cautivo de Faraon, suscitó las plagas de Egipto; Israel, cautivo de Vespasiano, erigió este monumento del poderío romano. Es preciso que este pueblo, aun en medio de todas sus miserias, tenga participacion en todas las grandezas.

»Mientras me abandonaba á estas reflexiones, las bestias feroces encerradas en los subterráneos del anfiteatro, empezaron á rugir; me estremecí; y dirigiendo mis ojos hácia la arena, descubrí todavía la sangre de los infelices que habian sido despedazados en los últimos juegos. Una agitación extraordinaria se

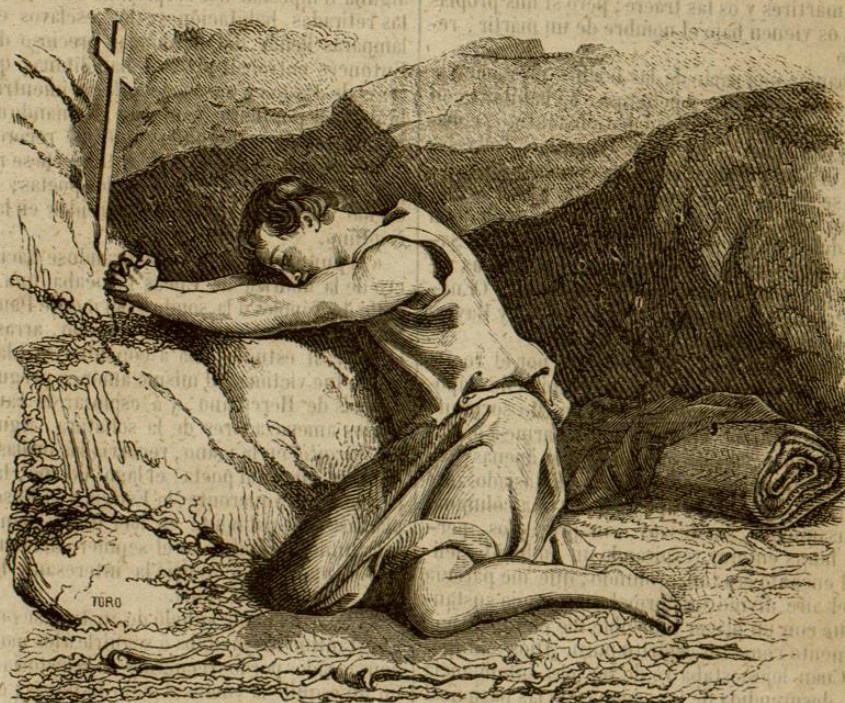
(1) Santa Aglae.



CANTO DE EUDORO EN PRESENCIA DE DEMODOCO Y CIMODOCEA

apoderó de mí; me figuro que me veo en medio de aquella arena reducido á la necesidad de perecer entre los dientes de los leones, ó de renegar del Dios que murió por mí, y me digo: «Tu ya no eres cristiano; mas si llegases á serlo algun dia, ¿qué harías?»
 «Me levanto y me precipito fuera del anfiteatro; subo á mi carroza y vuelvo á mi casa. Toda la noche resonó en el fondo de mi seno la terrible pregunta de mi conciencia. Hoy mismo aquella escena se reproduce muchas veces en mi memoria, como si ballase en ella algun aviso del cielo.»

Después de haber pronunciado estas palabras, Eudoro cesó repentinamente de hablar. Inmóviles los ojos y hondamente conmovido, parece herido de una vision sobrenatural. Los circustantes atónitos guardan silencio, y solo se oye el murmullo del Ladonte y del Alfeo que bañaban la doble orilla de la isla. La madre de Eudoro se levanta asustada, pero el jóven cristiano vuelto en sí, se apresura á calmar las inquietudes maternas, reanudando el hilo de su discurso.



CIRILO ORANDO.

LIBRO QUINTO.

SUMARIO. Prosigue la narracion. La córte va á pasar el verano á Bayas. Nápoles. Casa de Aglaé. Paseos de Eudoro. Agustin y Gerónimo. Su conversacion en el sepulcro de Escipion. Traseas, ermitaño del Vesubio. Su historia. Separacion de los tres amigos. Eudoro vuelve á Roma con la córte. Las catacumbas. Aventura de la emperatriz Prisca y la princesa Valeria, su hija. Eudoro, desterrado de la córte, es enviado al ejército de Constancio. Abandona á Roma, atraviesa la Italia y las Galias. Llega á Agripina, en las orillas de Rin. Encuentra al ejército romano dispuesto á declarar la guerra á los francos. Sirve como simple soldado entre los arqueros cretenses, que componian con los galos, la vanguardia del ejército de Constancio.

«La impresion que causó en mi espíritu aquel dia fatal, hoy tan viva y tan profunda, se borró entonces muy presto. Mis jóvenes amigos me rodearon; burláronse de mis terrores y remordimientos, y se mofaron de los anatemas de un oscuro pontífice sin crédito y sin poder.

«La córte, que en aquel momento se trasladó de Roma á Bayas, arrancándome al teatro de mis errores, me sustrajo al recuerdo de su castigo, y creyéndome perdido sin remedio para con los cristianos, solo pensé abandonarme á los placeres.

«Contaria, señores, entre los hermosos dias de mi vida el verano que pasó cerca de Nápoles con Agustin y Gerónimo, si pudiese haber dias hermosos en el olvido de Dios y en las mentiras de las pasiones.

«La córte era fastuosa y brillante; todos los principes, amigos ó hijos de los Césares hallábanse reunidos en ella. Veíase allí á Licinio y á Severo, compañeros de armas de Galerio; á Daya, que acababa de salir de nuevo de sus bosques, y sobrino del mismo César; y á Majencio, hijo de Maximiano Augusto. Pero Constantino preferia nuestra sociedad á la de estos principes envidiosos de su virtud, de su valor, de su alta fama, y pública ó secretamente, sus enemigos.

«Frecuentábamos especialmente en Nápoles el palacio de Aglaé, dama romana cuyo nombre ya he pronunciado. Descendia de una familia de senadores y era hija del procónsul Arsacio; sus riquezas eran inmensas. Setenta y tres administradores cuidaban de su hacienda, y habia dado tres veces juegos públicos á sus espensas. Su hermosura era igual á sus talentos y gracias, y en derredor de su persona reunia todo lo que conservaba aun la elegancia de los modales y el gusto de las letras y de las artes. ¡Feliz si en la decadencia de Roma hubiera preferido ser una segunda Cornelia, á resucitar la memoria de las mujeres demasiado célebres, cantadas por Ovidio, Propertio y Tibulo!

«Sebastian (1) y Pacomio, (2) centuriones en los guardias de Constantino; Ginés, (3) actor famoso, heredero de los talentos de Boscio y Bonifacio, (4) primer administrador del palacio de Aglaé y tal vez demasiado querido de su ama, embellecian con su talento y jovialidad las fiestas de la voluptuosa romana. Pero Bonifacio, hombre abandonado á los deleites, estaba adornado de tres cualidades escelentes: la hospitalidad, la liberalidad y la compasion. Al salir de las orgías y de los festines, iba por las plazas á socorrer á los viajeros, extranjeros y pobres. La misma Aglaé en medio de sus desórdenes, profesaba un gran respeto á los fieles y una fe sencilla á las reliquias de los mártires. Ginés, enemigo declarado de los cristianos, la satirizaba por su debilidad.

«—¡Y bien! replicaba Aglaé, yo tengo tambien mis supersticiones. Creo en la virtud de las cenizas de un cristiano muerto por su Dios, y quiero que Bonifacio vaya á buscarme reliquias.

«—Ilustre dueña mia, le respondia riéndose Boni-

(1) El mártir militar denominado el Defensor de la iglesia Romana.
 (2) El solitario de la Tebaida, que militó al principio á las órdenes de Constantino.
 (3) El mártir.
 (4) Idem.